

mediar la primera mitad del siglo XIX lograda por Murger y las propuestas teóricas de Bourdieu, Ansolabehere enhebra las características particulares de los actores de la bohemia porteña, sus ritos, lugares y señas particulares. Ese espacio cultural denso y variopinto, retratado aquí con precisión, es el lugar donde el autor nos sitúa, para comprender y acompañar el camino que lleva a muchos intelectuales que adhieren al anarquismo a constituirse en *escritores-artistas*.

Más adelante Ansolabehere se adentra en el estudio de la paulatina transformación de las miradas sociales sobre el anarquismo. Una nueva consideración y otro tipo de reacciones sociales van sucediendo a la primera recepción del anarquismo. Las prácticas anarquistas van entrando en la lógica de la criminalización, la imagen que comienza a dominar es la del tira-bombas y al poco tiempo la del pistolero organizado. Es por eso que las leyes de excepción (Ley de Residencia y Ley de Defensa Social) y la fundamentación parlamentaria para su concreción contribuyeron a construir al anarquista como un “fuera de la ley”. Ese tránsito es revisado por el autor a partir de una biblioteca amplia que va desde la literatura en clave naturalista a las obras sociológicas y los diversos textos estatales sobre el tema.

Finalmente, el último capítulo cierra el libro abriendo preguntas en varias direcciones. Por un lado el libro de Pierre Quiroule le había permitido a Ansolabehere transitar la utopía de la ciudad anarquista y su narración ficcional y es a través de esta narración de la ciudad utópica que se abre una ventana para poder navegar sobre el concepto de utopía en la filosofía y las derivas que se van trazando en diversas experiencias textuales. Este último capítulo cierra el espacio temporal del libro ya que la estación de arriba es la que nos muestra la ciudad anarquizada de la Semana Trágica, de barrios del suburbio movilizadas por la represión y de sepeños públicos donde se expresa descarnadamente el drama de los sectores populares.

Ansolabehere logra demostrar a lo largo del libro que la cultura y la literatura anarquista son márgenes de la experiencia social del fin de siglo, ricos en experiencias intelectuales y que la huela que este fenómeno generó dejó impregnados otros discursos literarios y otras zonas de la cultura y la sociedad a las que habitualmente consideramos en el centro de la escena. Asimismo, este libro muestra cómo trabaja el investigador de la cultura para iluminar la opacidad de textos que en principio no nos muestran grandes atributos literarios y, en el mismo sentido,

la importancia de abordar el estudio de publicaciones de pequeño formato. Todas señales y caminos que nos invitan a continuar investigando y preguntándonos por el rico pasado de la cultura anarquista en el Río de la Plata.

**Analia Rey  
(UBA)**

*A propósito de Alejandro E. Parada,*  
**El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en Argentina,** Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 2012, 322 pp.

La Bibliotecología es hasta el día de hoy considerada una disciplina de perfil antes que nada técnico, una suerte de “pariente pobre,” casi paría entre las sobresalientes Ciencias Sociales de las que proviene. Sin embargo, no han faltado en nuestro país esfuerzos por instalarla en diálogo con los nuevos desarrollos que en las últimas décadas conoció la Historia del Libro, la Edición y la Lectura, provenientes de disciplinas como la Sociología de la Cultura, los Estudios Culturales y la Historia Social de la Cultura o la Historia Intelectual. El reciente libro de Alejandro Parada debe inscribirse dentro de dichos esfuerzos.

Doctorado en la Universidad de Buenos Aires, especializado en la Historia del Libro y las Bibliotecas e interesado por la relación que guarda con la tradición bibliotecaria argentina, director de la Biblioteca “Jorge Luis Borges” de la Academia Argentina de Letras, Secretario de Redacción de la revista *Información, cultura y sociedad* (INIBI-FFyL) y autor de obras como *El mundo del libro y la lectura durante la época de Rivadavia* (1998), *De la biblioteca particular a la biblioteca pública* (2002), *Bibliografía cervantina editada en la Argentina* (2005), *El orden y la memoria en la Librería de Dupontail Hermanos: un catálogo porteño de 1929* (2005), *Cuando los lectores nos susurran* (2007), *Los libros en la época del Salón Literario* (2008), *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (2009) y *Martín Fierro en el Azul: catálogo de la colección martinfierrista de Bartolomé J. Ronco* (2012), Parada interpela a los lectores y abre el campo dando paso a una discusión necesaria: la investigación de la disciplina en nuestro país no puede acometerse sin determinar históricamente su trayectoria.

En esta nueva obra, el autor hace visible la

potencialidad interdisciplinar de la Bibliotecología y propone a las bibliotecas como una cantera todavía no explorada en relación al estudio de la microhistoria, la Historia del Libro, la Edición, la Lectura e incluso, de manera más osada, la Historia de la Información, involucrando para ello el rol que desempeñan los bibliotecarios y su participación activa en la formación de lectores en las bibliotecas. De esta forma acerca el campo de la bibliotecología a otras disciplinas que la enriquecen, especialmente la historiografía, poniéndolo a jugar desde una perspectiva social y política.

Plantea a su vez la necesidad de incluir en la confluencia de la Historia del Libro y la Historia de la Lectura el rol del bibliotecario como formador de recorridos y experiencias en los lectores, pero también en los investigadores, que acuden a ellos en busca de las fuentes que alimentan sus trabajos. Es por ello que Parada subraya que resulta imperioso reconstruir la totalidad del campo cultural, incorporando a su vez la Historia de las Bibliotecas que ha jugado un papel esencial hasta el momento ignorado en este tipo de estudios.

Es en este punto que se detiene a afirmar que las reflexiones teóricas comenzaron en la génesis de un proyecto político y social, como lo fue la creación de la Primera Biblioteca Pública de nuestro país, tema central de su libro *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (2009) y retomado nuevamente en esta obra. En una tesis arriesgada de perfil sociológico contempla a la sociedad civil como actora y gestora de los cambios que impulsó la Revolución de Mayo en el ámbito de la educación, rastreando el antecedente posible de las bibliotecas públicas en los tiempos de la Colonia, germen que madura y surge como experiencia innovadora en 1810, pero que no es, en todo caso, original sino que se constituye la conclusión esperada de un proceso de emancipación iniciado con anterioridad. Para Parada, es un error considerar como punto de inicio de la Historia de las Bibliotecas Públicas a un hecho histórico como la Revolución de Mayo, puesto que este es, precisamente, la marca de madurez de dicho proceso.

El volumen que nos presenta reúne una serie de ensayos, muchos de ellos avanzados a lo largo de los últimos años en su revista *Información, cultura y sociedad*, reagrupados en cuatro núcleos bien diferenciados: la primera parte reflexiona sobre el desarrollo alcanzado por la Historia del Libro y de las Bibliotecas a partir del auge de los nuevos estudios culturales, en la que esboza posibles caminos



de exploración que incluyen la materialidad de los libros, el encuentro entre la Historia del Libro y las Bibliotecas con la Historia de la Lectura y la potencialidad de la disciplina para de-sarrollar estudios dentro de la micro-historia.

La segunda parte se aboca a descubrir las relaciones entre la política y las bibliotecas sugiriendo como ejemplo la creación de la Primera Biblioteca Pública que debería servir para la proyección y desarrollo de un marco teórico que permita avanzar en la investigación de la disciplina continuando con la tarea iniciada por autores como Paul Groussac, Ricardo Levene, José Torre Revello y María Ángeles Sabor Riera, entre otros.

La tercera parte aborda las prácticas bibliotecarias y lectoras indagando en recursos y fuentes habitualmente consideradas poco valiosas, como son los reglamentos, pero que se constituyen como “fieles representaciones de su época” al dejar al descubierto los modelos posibles de consulta, el uso público de los patrimonios culturales y sus formas de apropiación. Por último, una cuarta parte se dispone a observar las prácticas de lectura en relación con las de escritura, tomando en primer lugar el caso del diario personal llevado por Bartolomé Mitre, donde registra el recorrido como lector que signó su formación juvenil; y en segundo lugar, las representaciones de la lectura femenina en **Fray Mocho**, resaltando la presencia destacada que tenían las mujeres en las páginas de la revista popular como destinatarias del discurso editorial.

Buscando actualizar y continuar con una tradición de investigación bibliotecológica que remite a figuras como Pepita Sabor, recientemente fallecida, **El dédalo y su ovillo** de Alejandro Parada se propone reubicarla como un espacio de reflexión atravesado por lo social, lo político, lo histórico y lo cultural. Se trata pues de un libro que a la vez que “visualiza gran parte de la decadencia actual en la formación bibliotecaria, en la ausencia de una sólida formación histórica” (Romanos, 2012), apuesta fuertemente a incluir en los estudios historiográficos a la Bibliotecología, revelando una faceta menos pragmática y más sociológica de la disciplina, aspirando a inscribirla en los estudios culturales y a hacer visible la potencialidad de exploración en el cruce transversal con otras áreas que pueden ser consideradas sus pares.

**Karina Jannello**  
(CeDInCI / UNSAM)

*A propósito de Felipe Pigna, **Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras. Desde los orígenes hasta 1930**, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2011, 600 pp.*

El libro que firma Felipe Pigna da lo que promete: una entretenida compilación de historias de algunas mujeres (“las nuestras”) que se destacaron por su desobediencia, su incorrección, su rebeldía y su lucha en un marco que les era hostil. Para contarlas, el libro parte de algunas premisas sencillas: tanto la vertiente griega (Pandora) como la bíblica (Eva) han maltratado a la mujer. Al contrario, esta obra sostiene, con Charles Fourier, que “los progresos sociales y cambios de época se operan en proporción al progreso de las mujeres hacia la libertad”.

La crítica académica a este libro es tan merecida como predecible. Seguramente las y los especialistas tendrán muchas precisiones que hacer, algunas ausencias que señalar y varios matices que agregar en cada uno de los tramos. Sin embargo, esta reseña no pretende juzgarlo por lo que nunca prometió ser —un trabajo de rigurosa metodología historiográfica o una búsqueda crítica en su materia— sino apuntar algo breve sobre los efectos que produce gracias al aparato publicitario que lo impulsa y la celebridad del nombre que lo rubrica.

El volumen presenta sucesivas y apretadas síntesis de los contextos históricos que Pigna ya abordó en libros anteriores y luego, el resultado de la extenuante tarea de retomar, redigerir y compilar (con su correspondiente cita) gran parte del enorme caudal de trabajo producido, desde hace ya varias décadas, en la historia de las mujeres y alrededores, con fuerte hincapié en tres referencias insoslayables: Lily Sosa de Newton, Dora Barrancos y la **Historia de las Mujeres** dirigida por Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y María Gabriela Ini. Sin distinción, la narración se sirve tanto de trabajos académicos como de relatos novelados; de ellos se extraen, también, los jugosos fragmentos de cartas o comentarios personales de las protagonistas que hacen tan atractiva la lectura.

En ese sentido, el libro que firma Pigna no descubre una nueva clave de lectura, ni relea las historias ya contadas, ni sorprende con algún hallazgo documental, sino que reúne a las “notables”, aquellas que la historia de las mujeres fue complejizando (Mariquita Sánchez de Thompson) o redescubriendo (Aurelia Vélez) o sumando al canon de la literatura (Eduarda Mansilla) o reconstruyendo (“las lavanderas”). Se diría

una colección de *hits* en las que todas pierden el apellido y, luego de la primera mención de su nombre completo, se convierten en Mercedes, Encarnación o Juana quienes interactúan con Alberdi, Sarmiento o Rosas. Cada una de ellas protagoniza en pocas carillas, o incluso en un par de párrafos, una breve historia que la tiene por heroína bajo un título recurrente: “Que las hay, las hay”, “Seducidas y abandonadas”, “Mariquita reloaded” y así.

En varias ocasiones el narrador se despacha contra la inveterada masculinidad, la doble moral y el borramiento de la participación de las mujeres en la “historia oficial”; a la que, estampando su “marca Pigna”, acusa de pretendidamente seria y decididamente antipopular. La voz que relata estas historias no se priva, tampoco, de opinar o buscar una opinión consensuada con la lectora o el lector (en ese orden los apela el texto), en general, a partir de la condena o la indignación (¡Qué barbaridad lo que le hicieron a Camila!)

Más allá del efectismo en el que se solaza y de los vicios que repite es necesario observar cómo **Mujeres tenían que ser** logra intervenir con miles de ejemplares en un público muy amplio. Receptores que suelen escapar a la academia, y de los que ella más se aleja cuando desconoce o lapida este tipo de divulgación. Particularmente cuando rechaza la demanda de un mercado editorial que desde hace años encontró la veta comercial de estas historias, y que bien podría ser una oportunidad más que algo sospechado por su masividad o su supuesto simplismo. Lejos de esos pruritos, este libro tiene como efecto nada menor el de difundir cierta mirada progresista, condenatoria del machismo y respetuosa de los derechos de las mujeres. Incluso en alguna nota de promoción periodística, Pigna se despachó con una opinión rápida sobre el femicidio y la despenalización del aborto. Pero atención, al mismo tiempo, el gesto que ensalza a las mujeres trae aparejada una densa mirada moralista ya que, sin variación, ellas son presas de una ética que las salva para la historia en tanto “desobedientes”, “incorrectas”, “rebeldes” y “luchadoras”. De hecho, las elegidas parecen condenadas a la virtud y a un accionar que, por más rechazo que cosechaba en sus tiempos, es redimido por la historia como la acción correcta. Y, no sin cierta paradoja, devienen cautivas de su propia condición: “mujeres tenían que ser”. Así, en las geografías más disímiles y a través de los siglos ellas son, ante todo, mujeres y luego, casi por añadidura, escritoras o políticas, promotoras culturales o intelectuales. La insistencia en ese esencialismo reduccionista es el peor defecto que recorre el libro (del cual, es justo